

E. Rodríguez Mendoza

X. LA UNA HAN DADO Y SERENO...⁽¹⁾

(DE AMÉRICA BÁRBARA)

LA ciudad, sin una alma durante el día y sin otra luz durante la noche que los linternazos goyescos de serenos y mazorqueros, tenía el alma en un hilo y el credo en la boca. . . Había quedado vacía de intelecto; pero erizada de lanzas y cuchillos y llena con la sombra cada vez más impresionante del gran domador.

Iba siendo cosa de milagro o brujería conservar la cabeza sobre los hombros en calidad de artículo de lujo y todos los unitarios habían procedido muy cuerda-mente al mandarse mudar con su música, sus amores, su pellejo y su tintero a otra parte. Iban con el estó-mago dando ladridos; pero con el corazón hecho libro o poema sin escribir y que habría que pergeñar bien le-jos porque era poco aficionado a lucubraciones intelec-

(1) Este capítulo que anticipamos, como una primicia a nuestros lectores, forma parte del libro *América Bárbara* que Emilio Rodríguez Mendoza acaba de terminar. El libro está compuesto de una serie de ensayos psicológicos, de admirable vigor y colorido, sobre los principales caudillos de América, entre los que figuran Rosas, Francia, Portales, Melgarejo, etc. Rodríguez Mendoza ha envuelto estas figuras en un clima histórico y artístico muy original y los ha tratado con una documentación nueva interesantísima. Este fragmento que publicamos pertenece al estudio sobre Juan Manuel de Rosas y su época.—(N. de la R.)

tuales el czar gaucho, al lado de cuyas sentencias la Colonia fué sólo un «cielito» o una siesta sin fin... ¡Qué Edad Media! ¡A quién ha podido ocurrírsele semejante comparación!

Hacía rato que Sarmiento había traspuesto la cordillera estando encinta del «Facundo» que, al fin, fué escrito sobre una mesita de palo en bruto y sin carpeta para que don Domingo Faustino pudiera enterrar las uñas o los dientes mientras escribía a la luz de un velón de a medio real... Entre sus amigotes de arrancada iba el famoso «Chacho», quiroguista plegado en la hora nona al lavallismo, que como montonero había tenido como cosa de mal tono degollar menos de media docena de prisioneros con que despuntar el vicio... Al verse a este lado de los Andes con chiripá y atavíos de gaucho, le contestó al que le preguntaba cómo lo iba pasando:

—«¡Cómo me a dir, amigo!... En Chile y a pie»...

Mármol—, mármol para figuritas muy monas; pero de poco bulto—, se alejó con tiempo y maldiciendo a lo Byron, buen modelo romántico; pero para escenarios con más repertorio histórico que los nuestros.

Se aseguraba que se había metido al Plata «envuelto en las sombras», llevando «la tiniebla en el alma»— al decir de una retórica en pleno espasmo sentimental—, y en un botecito con los remos entrapajados para no hacer el menor ruido.

Mitre instruía cadetes en el Altiplano y Alberdi pensaba y repensaba bajo una mata de lúcumas sus interesantes «Cartas Quillotanas», lo que no le impedía ejercer con autoridad y provecho su profesión forense.

Y así todos los demás faros del anti rosismo.

No iba quedando alma nacida en la ciudad y muy luego, según iban las cosas, no quedaría quien contara el cuento.

Aullaba el viento, como era de regla en tiempos de facón y de memorias para el otro mundo, y cada cual se

agarraba con sus uñas, sin esperar ayuda ni mano amiga, como que entonces no había más mano lista que la garra teñida de rojo hasta el codo o hasta el sobaco.

Culminaba el terror; la urbe de las «milionadas» de ahora, era sólo una gran mancha que sombreaba la boca del río de la plata contante y sonante y rompía el silencio de las callejas en tinieblas un grifo, resabio de la Colonia acaparado por la tiranía, que era la consigna nocturna del terror y de la época:

—«Ave María Purísima... La una han dado y sereno... ¡Viva la Santa Federación y mueran los inmundos salvajes unitarios!»

Tan serias se habían puesto las cosas, que el sereno, por ejemplo, que hubiera olvidado en su cantinela el cogollo a los unitarios, habría tenido que entregar a otro cantor de mejor memoria su cabeza, su linterna y su cantaleta nocharniega: había orden de gritar más fuerte que nunca, lo que quería decir al buen entendedor, que seguían agrandándose los charcos punzoes...

Toda la gente de pluma y de intelecto, con o sin barba; con o sin melena; con o sin poema romántico, había puesto una montaña o un río de por medio al sentir cerca del gañote la consabida manota roja.

Se contaba muy sigilosamente, porque de otro modo se habrían despertado sospechas peligrosísimas, que el poeta de la maldición en do mayor, había escapado sin Cristo y sin otro recuerdo concreto que algo perfumado con que encender sus labios trémulos: los caireles que su dama se acababa de tijeretear, afrentando su carita de monja porteña.

Frio de invierno; linternazos y cantinelas nocturnas; gorgoriteos de sereno federal y rosas y más rosas punzó salpicando las tinieblas y las piedras de bolón de la villa de entonces.

—La una han dado y sereno.....

¿Y los tiempos con virreyes, carrozas coji trancas,

venidas del Pardo, de la Granja o de Aranjuez?... ¿Y las procesiones, los oidores y las campanas del toque de ánimas a la hora de atrancar los portones para que no entrara el Diablo?

Corrido el cerrojo de doble ancho, la familia se reunía en corro ante la Virgen de las Mercedes—un primor, con el niño Jesús en los brazos, traída ex profeso por Sobremonte o Sobrenada... Al centro de la sala, sobre un tejido alpujarreño, la señora con un rosario de pepas de oro entre las manos con mitones; el señor, muy grave, como quien duerme en vela y «la niña Rosarito» arrodillada y con las manos puestas—era tan devota—, al borde de la tarima.

Más lejos y a ladrillo pelado, «las chinas» con chapas de cola de cerdo, trenzados con vivos rojos porque eran federales a más no poder, y en el vano de las puertas de dos hojas, cerrando la retirada y la escena, los negros y los mulatos de la estancia y el caserón.

Era la hora del rosario de cinco llagas... Dios te salve María, llena eres de gracia, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén...

El prócer con boca de difunto abría los ojos al escuchar eso de «la hora de nuestra muerte», que coreaba los divinos misterios, el del gozo, el del dolor y el de la gloria.

—Gloria patri—repetían muy atiplados los mulatos, mientras «la niña Rosarito», al llegar al último misterio, llenaba de besos y de lágrimas las medallitas del denario de corindones.

En seguida venía la cena, servida en silencio por las «chinas» rosistas y con las cuales había que tener mucho cuidado porque las paredes tenían oídos, ojos las puertas y narices las cerraduras.

Cuando se llevaban las fuentes con el postre de alcorza, el prócer, el cual acababa de ser obligado a ir descubierto y con escarapela tras el retrato de don Juan Manuel, cerraba las puertas y ponía el índice so-

bre la boca hundida: oía pasos y risotadas al lado afuera del portón...

—Esto se cae—dijo al oído de la señora de *bandeaux* grises, pañolón de seda morada con flores negras y prendedor de azabache.—Ha fondeado una nueva escuadra bloqueadora; Lavalle está con diez mil hombres en las goteras de Buenos Aires y los estancieros han levantado la pampa...

La dama escuchaba inmóvil como la Virgen, de Salcillo, que había en la sala sobre una peana dorada.

—Y lo peor—continuó el unitario emboscado, empuñando ambas manos para embestir de una vez a la Santa Federación—, es que cualquier día y a pesar de los empeños de Terrero y de Pacheco, la mazorca me blanquea...

—No ha de permitirlo la Santísima Virgen—dijo la señora con cara de Dolorosa sevillana.

El prócer se puso de pie, mirando fijamente hacia las ventanas de la sala en que todos temblaban...

—¿Sientes?...

La Mater dolorosa rezaba de nuevo: Señor, ten piedad de nosotros...

Tenía un hijo, el único, que no se sabía dónde paraba... Estaría con Lavalle, con Paz, con Frutos Rivera...

En efecto, tanteaban los barrotes...

—Será el viento...

—Es la ronda...

Se apretaron en grupo angustioso, apagaron las luces y a través de las endijas brillaron los linternazos.

La Dolorosa hizo la señal de la cruz con la mano espositada por el rosario y se arrodilló ante la patrona del caserón... —Virgen de las Angustias...

El grito pavoroso aulló, cortando de un cuchillazo la plegaria de la santa señora.

—¡Mueran los salvajes unitarios!...

Eran bien diversos, como se ve, los buenos tiempos

virreynales y de ellos sólo quedaban las leyendas e históricas, alma del pasado, que aun guardaban los case- rones con jazmines y gardenias; mochuelos en el en- vigado; loro octogenario, mimado por las mulatas, y al lado del arpa pintada o del clavicordio enconchado de nácar, la damisela de pollerón verde con encajes de Chantilly, gargantilla de aljofar, zarcillos de venturina, zapatitos de seda y caireles recién mutilados porque su dueña quería hacerse monja con clausura.

—¡Ave María Purísima... La una han dado y se- reno... Viva la Santa Federación y mueran los in- mundos salvajes unitarios!

Noche de Junio... Buenos Aires de 1840... Frío, lluvia, pampero, rezos, lágrimas y mazorca.